

25 de febrero de 2024 - 2º Domingo de Cuaresma "B"

[Gen 22, 1-2. 9:10-13:15-18; Romanos 8:31-34; Marcos 9:2-10](#)

Homilía

El acontecimiento relatado en el Evangelio de hoy tiene lugar en un momento crucial de la vida pública de Jesús. Durante algún tiempo, las multitudes le han dado la bienvenida y han recibido su mensaje con apertura e incluso, a veces, con entusiasmo. Luego, como poco a poco se había convertido en una amenaza para las autoridades en el poder, los fariseos comenzaron una lucha constante con él, y las multitudes lo fueron abandonando. En cierto momento, Jesús se dio cuenta claramente de que sus enemigos iban a sacar lo mejor de él y que iba a morir. Entonces anunció su muerte a sus discípulos, y a partir de entonces dedicó la mayor parte de su tiempo a formarlos en lugar de predicar a las multitudes.

A menudo, en su vida pública, especialmente cuando tenía que tomar decisiones importantes, Jesús se retiraba a la soledad para pasar un tiempo -a menudo una noche- en oración. Esto es lo que hizo después de anunciar su muerte a sus discípulos. Pero esta vez no fue solo. Trajo consigo a tres discípulos: Pedro, Santiago y Juan -quizás porque eran los que estaban particularmente cerca de él, pero quizás también porque eran los discípulos que ofrecían mayor resistencia a su mensaje: 3:16ss, cf. 5:37).

Y allí, durante su oración, Jesús tuvo que decir "sí" a la voluntad del Padre. Tuvo que aceptar plenamente su misión y, por tanto, su muerte. Entonces, cuando toda esperanza humana había desaparecido, mientras que sólo quedaba la esperanza pura y desnuda en el Padre, mientras que todo lo que no era su misión mesiánica se quitaba o se derrumbaba, se revelaba su verdadera identidad. Se transfiguró. Toda su humanidad se redujo a la voluntad del Padre sobre él. Y como los tres discípulos habían tenido el privilegio de participar en su oración, también ellos fueron admitidos a esta revelación de su identidad.

Aparecen Moisés y Elías, que simbolizan toda la antigua religión de Israel. Para Pedro, Santiago y Juan, ya no hay nada que buscar. Su esperanza se ha hecho realidad. El Mesías ha triunfado. Y Pedro propone que lo dejemos así. "Rabino, hagamos tres tiendas..." Deja claro que la visión no le ha hecho cambiar de opinión. Sigue apegado a la tradición antigua y pretende equiparar a Jesús, Moisés y Elías, integrando así el mesianismo de Jesús en las categorías del AT.

Pedro huye del conflicto: prefiere la montaña a Jerusalén y

el Tabor al Calvario. La voz del Padre le devuelve al presente: Este es mi Hijo amado. Escuchadlo. Moisés y Elías no tienen nada que decir a los discípulos. Tampoco les hablan. Sólo hay que escuchar a Jesús, a quien el Padre declara su Hijo amado. La Ley y los Profetas se cumplen.

También nosotros debemos dejarnos transfigurar, identificándonos en todo nuestro ser, con la voluntad de Dios sobre nosotros. Esto puede suceder, para nosotros como para Jesús, sólo si tenemos el valor de retirarnos a la soledad para orar. También estamos llamados a ver a todos y cada uno de nuestros hermanos y hermanas en su naturaleza transfigurada. Dios se revela en todos y cada uno de nosotros, si nuestros ojos y corazones son capaces de ver. Y como sólo quien tiene un corazón puro puede ver a Dios, aprovechemos la observancia de la Cuaresma para prepararnos a recibir esta gracia de la pureza de corazón.

Armand Veilleux